

Volvamos al Añasco, que tenía,
Segun la confianza de su pecho,
Por una señalada valentía
Lo que tan sin razón había hecho,
Y que toda la tierra temblaría
Para sacarse della mas provecho;
Pero presto verá ser un engaño
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia
Segun su propiedad el deo tiene,
Y los ojos con velo de cudicia
No siempre miran lo que les conviene:
Añasco pues con esta injusticia,
Para correr la tierra se previene,
Y al primo le mandó que se tornase
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuento,
Con diez y ocho solos á su lado,
Se metió mucho mas la tierra adentro,
Del rehén que tenía confiado:
Asentó luego toldos en el centro
Y comedio de lo mejor poblado,
Pero la tierra tal y tan fragosa,
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,
Con ser culturas como de jardines,
Ningun espacio ven de tierra llana
Do se puedan valer de los rocines;
Pero hasta que vino la Gaitana
Quietos estuvieron los confines,
Y acudían algunos naturales
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje,
Al señor de la tierra, Pigoanza,
Hizo Pedro de Añasco su mensaje.
Mandándole que venga sin tardanza
Para reconocelle vasallaje,
Y acudille también con la pitanza
Lo mismo se le ruega por su hijo,
Con hartos mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos
Ni los ruegos del hijo detenido:
Pesos de oro le envió seiscientos,
Y de criados número crecido,
Que le hicieron buenos aposentos
Donde pudiese ser mejor servido;
Pero pronto verá tales halagos
Ser vispera de dias aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado
Desde que supo cuán atrocemente
Mataron al mancebo desdichado,
A quien reconocía por pariente:
Hízolo luego mas acelerado
La que su madre fué, que mas lo siente,
La cual con otras dueñas tan ancianas
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,
Turbada, despulsada y amarilla,
La voz apenas saca de los dientes,
Despedazada cada cual mejilla,
Diciendo: «Deudos míos y parientes,
Muévanos mis desdichas á mancilla:
A tí mas que á ninguno, Pigoanza,
Competen los rigores de venganza.

» A tí me quejo, y el favor invoco
Con que mi gran agravio se castigue,
Pues nuestro parentesco no es tan poco.
Que por muchas razones no te obligue
A refrenar la furia deste loco
Que á tí y á mí y á todos nos persigue,
Con cuyos vientos vamos navegando,
Y en un mismo navio naufragando.

» Comun y general es la tormenta:
Nadie desta fortuna se reserva;
Truécanse los honores en afrenta,
La noble libertad se hace sierva;
Quien tal calamidad experimenta
Busque la verdadera contrayerba
Que deste mal es único remedio,
Quitándolos a todos de por medio.

» De la mujer, del hijo, del marido
Se sirven, y los tienen por despojos;
Y no pequeña parte te ha cabido
De la continuacion destes enojos,
Pues tienen con engaños detenido
Al hijo que es la lumbre de tus ojos:
No lo goza su deseosa madre,
Ni le consienten ir á ver su padre.

» Aquel origen triste de mi llanto,
Hijo mio, dolor de mis entrañas,
Quemaron vivo por poner espanto
A nuestras gentes y á las mas estrañas:
De tí sé que harían otro tanto:
Tales son sus cautelas y sus mañas;
Mira por tí, pues ellos son de arte
Que será menester anticiparte.

» Bien hace quien de tal golpe se escuda,
Y huye de mojarse cuando llueve;
A nuestra causa la razón ayuda,
Y la ventura va con quien se atreve;
De la victoria nuestra no se duda
Ni de pagar su deuda quien la debe;
Bien sabes que será juicio vano
Soltar las ocasiones de la mano.

» A quien fué causa de mi desventura,
Junto lo tienes y aun te hace cocos:
Es cómodo lugar, gran angostura,
Los tuyos muchos, y los suyos pocos,
Nunca mejor sazón y coyuntura
Para que nadie quede destes locos;
Dad en los que los hados amonestan,
Porque después dareis en los que restan.

» Este propósito tiene Pirama;
Guanaca quiere questo se concluya;
Los Paeces que acuden á la trama
Tu determinacion es propia suya;
En todo cuanto Timaná se llama
No resta voluntad mas que la tuya:
En guerra que desean tantos buenos
No tienen los yalcones de ser menos.

» Mira, señor, la general fatiga,
El miserable pueblo cómo anda,
La justísima causa que te obliga
A querer aceptar esta demanda,
Pues eres general en esta liga
Do van tantos caciques de tu banda:
Cuanto les ordenares harán luego,
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decía
La bárbara cruel para su hecho;
Con mal de corazón se amortecía:
Por ventura sería contrahecho;
Mas al fin alteraba y encendía
El rústico, feroz y bravo pecho,
El cual en regalalla se desvela,
Y con tales palabras la consuela:

« Pésame de te ver tan lastimada
Y el venerable rostro hecho piezas:
La vida no podrá ser restaurada
Con cuantos hombres y armas aderezas;
Mas yo te la daré tan bien vengada
Que recibas por una cien cabezas,
Y de pellejos de tus adversarios
Verás poblados estos santuarios.

» A questo te promete Pigoanza
Para satisfacer á tu querella;
Y huélgome que pidas la venganza
A quien no se hallaba fuera della,
Pues en estos y en los de mas pujanza
Había de bebella ó de vertella:
Mitiga tus dolores si pudieres,
Cierto de que haré cuanto quisieres.»

Al punto despacharon mensajeros
Para sus capitanes obedientes:
Los de Pigoanza fueron los primeros;
Mas de seis mil cursados combatientes
Serían, validísimos guerreros;
Muy pocos menos de las otras gentes
Que meneaban procelosas ondas
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

¿Qué borrasca mayor ó batería
Pudieran dar las ondas de Neptuno?
¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía
Saliera de rigor tan importuno?
Siendo pura verdad que combatía
Contra mas de seiscientos cada uno,
Y en lugar cuyo mas llano repecho
Era para caballos sin provecho.

Bastara la primer arremetida
De tantos capitanes y vasallos,
Para que la creciente y avenida
Pudiera consumillos y anegallos,
Aunque fuera la copia mas crecida
De diestros españoles y caballos;
Pues raras veces pocos temerarios
Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto
Al noble mozo hijo de Pigoanza
Le fué por ciertas indias descubierto,
Significándole la gran matanza
Que se haría por el indio muerto,
Y cómo se juntaba gran pujanza,
Sin exceptuar ninguno de la tierra
Que fuese conveniente para guerra.

El mozo con el rostro de difunto
Al Añasco le dijo, y al oreja:
«Acabo de saber en este punto
El gran conflicto que te se apareja:
El poder de la tierra viene junto
Importunado por aquella vieja;
Si no huyes, ello va de suerte
Que yo no tengo duda de tu muerte.

» Las vidas, mi señor, prendas son ricas:
Perdidas, no se hallan á la mano;
Ruégote por el Dios que me predicas
Ser autor de lo bajo y soberano,
Y esotras cosas que me certificas,
Que luego nos salgamos á lo llano,
Pues la partida que al vivir importa
Tanto mejor será cuanto mas corta.

» En riesgos y peligros tan patentes
Suplicote, señor, que no te tardes:
Que si vosotros pocos sois valientes,
Ningunos de los muchos son cobardes;
Conozco bien sus bravos accidentes,
La determinacion de sus alardes,
Que puestos en extremo semejante
No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,
Y no quieras por esto fatigarte,
Pues para retraerme un solo dedo
El mundo todo no podrá ser parte;
En este sitio con lastarme quedo
Han de volver huyendo de mal arte,
Y habrán por bueno viendo su castigo
De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razón ataja
Llorando su notorio desatino,
Diciendo: «Señor, mira la ventaja
Que tienen á tu campo peregrino,
Porque todos sereis como la paja
Movida de terrible torbellino,
O flaca llama cuando resplandece
Y en ese mismo punto desaparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos
Demás de los que tengo declarados;
Mas todavía con desasosiegos
El negocio tractó con sus soldados,
Y todos ellos estuvieron ciegos,
Torpes, perplejos, indeterminados,
Hasta tanto que ya rayos solares
Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplandores
E ya venida la tiniebla fría,
Crecieron las congajas y temores
De los de cristiana compañía:
La mortificación de los calores
Vitales, cada cual en sí sentía,
Con sudor frio por las coyunturas,
Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto
De fieras por sus sendas mas estrechas,
Ni las aves nocturnas que con canto
De lloros confirmaban las sospechas;
Los bubos conmovidos del espanto
Por cima les cantaban las endechas,
Con otras mas señales que no cuento,
Por quien iba temor en crecimiento.

Ninguno los anima con arenga
Porque á la prontitud temor escede,
Y si comienza cosa que convenga
Que al medio del camino no se quede;
El tiempo breve, la resolución luenga,
Quisieran dalla, pero nadie puede,
Por no les dar la misera dolencia
Lugar para tener tal advertencia.

Todavía con ánimo valiente
Añasco les mandó que estén alerta,
Y entre lugares repartió su gente,
Que cada cual abría larga puerta;
Y para que muriesen brevemente
No se pudo hacer cosa mas cierta
Que dividir sus pocos combatientes
En partes y lugares diferentes.

¿Qué huete de Anibal, ó de Antioco,
O del gran Taburlan ha dividido?
A mi pareceme término loco
Y orden de mercader desvanecido.
Si su posible, siendo caudal poco,
Corre por muchas manos repartido,
Pues para que la suya se consuma,
Basta pasar por una y otra pluma.

Mucho dura la fábrica trabada,
Mas tiran que uno dos bueyes unidos;
Mal pueden de la mano separada
Ser los restantes miembros socorridos:
Fué cierto cosa desproporcionada
Pocos en muchas partes repartidos,
Porque con menos fuerzas es quebrado
Solo hilo sencillo quel doblado.

Pero cuando prudencia se desvía,
Dase las menos veces en el hito,
Y es una ceguedad de muchas guías,
Segun claro constó deste conflicto,
Cuyo triste suceso yo quería
Poner muy á lo cierto por escrito;
Y porque dél resultan mas rencillas
Habré con canto nuevo de decillas.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenía, excepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto
Es en aquesta vida la templanza;
Amargo, duro, pernicioso fruto
Nace de la soberbia confianza;
Quien es en sus antojos resoluta,
Sin ajustar fiel en la balanza
Ni querer admitir consejo sano,
A trabajoso fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo
Ser el Añasco destas condiciones,
Sin consideracion en dar castigo,
Casado siempre con sus opiniones:
Menos tomó consejos del amigo
Para se reservar de puniciones,
Y así Laquésis, rigurosa parca,
Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente
La dulce Venus su real corona,
Anunciadora de la roja frente
Del rutilante hijo de Latona,
Llegó la tempestad y la creciente
Que muerte desastrada les pregona,
Por las tres partes donde hacen vela,
Y á todos fué comun la centinela.

Luego la temerosa grita suena
Del bárbaro gentío furibundo ;
La tierra con temblor se desordena
Y las concavidades del profundo ;
No pone rota nube cuando truena
Con rayos tantos miedos en el mundo ,
Cuanto concibe quien un Dios adora
Viendo presente ya su postrer hora.

Adonde mal gobierno los reparte
Todos se muestran con ardor terrible ,
Y cada uno dellos por su parte
Hacia mucho mas que lo posible ;
Caian de los del bárbaro marte.
Número de cabezas increíble ,
Por ser en general estos soldados
De los mas principales y apurados.

Mas la nube de jáculos espesa
Momento no cesaba de por cima :
Pigoanza por cumplir con su promesa
Con voces presurosas los anima ;
Aquí y allí y allá hierve la priesa ;
Un escuadron y otro los lastima ,
Por espaldas , por pechos y por lados ,
Ellos y los caballos traspasados.

No recibió Piton , serpiente liera ,
Tantos tiros de la potente mano
De Apolo , cuantos ya tiene cualquiera
De los del breve número cristiano :
Al remate van ya de la carrera
Y al término fatal del ser humano ;
A todas partes y do quier que sea
La imagen de la muerte los rodea.

Ya faltaba vigor del primer brio ;
Cualquiera les rebate ya la lanza ;
Cayó Benalcazar , Baltasar del Rio ,
Francisco Sanchez , Pedro de Esperanza ,
Y la de todos que en el desafío
Pretendian hacer crúel matanza :
Libres quedaron tres de la ruina ,
Luis Mideros , Cornejo y un Medina.

Habló con ellos el Luis Mideros ,
Digo con el Medina y el Cornejo ,
Diciéndoles : « Señores compañeros ,
Tengo por salutífero consejo ,
Pues somos hombres sueltos y lijeros ,
Que tomemos las armas del conejo :
Será servido Dios darnos ventura
Para poder salir desta presura. »

Apenas lo habló cuando fué hecho ;
Y reguardándose los tres peones ,
A la dificultad poniendo pecho ,
Hicieron calle por los escuadrones ;
Finalmente salieron del estrecho
Con gran solicitud de los talones ,
Hasta ver la montaña mas espesa
Por donde se metieron á gran priesa.

Dejemos estos en el espesura
Hasta que lleguen horas deputadas :
Volvamos al Añasco sin ventura ,
Que cierto hizo cosas señaladas ,
Y en el conflicto riguroso dura
Con daño de las gentes alteradas ,
Y el buen caballo contra los que hieren
Sube y desciende por adonde quiere.

Donde ve muchedumbre mas estrecha ,
Allí se mete con vigor ardiente ,
Porque demás de sello de cosecha
Necesidad lo hace mas valiente ;
Pero para vivir ¿ qué le aprovecha ,
Teniendo lo contrario ya presente ?
Y fué tal , que mejor hubiera sido
Quedar con los demás allí tendido.

Habiendo pues llegado la mañana ,
No con plácido rostro ni sereno ,
Hizo terribilísima macana
En dientes del caballo golpe lleno :
Demás de no quedar la boca sana
Los tiros quebrantó del duro freno ;
Corre por donde ve vez oportuna
A su albedrío y sin orden alguna.

El desconcierto visto del caballo
De diestro y arrendado fugitivo ,
Con gran instancia van á rodeallo
Los fuertes del ejército nocivo ;
Pero muerto cayó sin derriballo ,
Y al misero señor tomaron vivo :
Vivo lo toman , y quedó de veras
Por escarnio y por carne destas fieras.

Como de fuscas tordos á la haza
Acudir suele multitud crecida
Cuando las rojas mieses embaraza ,
Hallando sin defensa la comida :
Ansi luego vinieron á la caza
Que vieron los demás estar caida ,
Con tanta grita de uno y otro cuerno
Como ministros fieros del infierno.

¡ Oh caso de los casos mas atroce ,
Suceso de sucesos el mas duro !
Porque veais si puede de una coce
Fortuna derribar un alto muro .
¡ Cuántas veces agora reconoce
El consejo del mozo ser seguro ,
Y que son cosas de juicio loco
Tener las importantes en tan poco !

¡ Cuántas muertes le están aparejadas ,
Cuántos tormentos desajajados ,
Cuántos azotes , cuántas bofetadas
Descargan sobre miembros fatigados !
Luego sus carnes fueron despojadas
Hasta de los vestidos mas delgados ,
Dejándolo con no mas cobertura
De aquella que le proveyó natura.

Delante de Pigoanza fué llevado
Y del hijo llamado don Rodrigo ,
Que con gran diligencia fué buscado ,
Y el padre lo tenia ya consigo :
Vidolo triste , mustio , demudado ,
Con sentimientos de fiel amigo ;
Y allí delante la proterva ira
Gime cada cual dellos y suspira.

Los ojos del mozo hechos rio ,
Con el Añasco razonó deste arte :
« Al alto Dios pluguiera , señor mio ,
Que mi fuerza pudiera remediarte ;
Mas en la confusion deste gentío
Paréceme que soy ninguna parte :
El poderoso Dios te dé talento
Para morir con buen conocimiento. »

« Si murieras por caso repentino ,
Menos pudiera ser mi sentimiento ,
Por ser la muerte general camino
Y vida temporal ligero viento ;
Mas por las crúeldades que adevino
Lo que durares con vital aliento ,
Padezco tal y tan inmensa pena
Que no puede llegar á ser mas llena. »

« En esto se recrea la demencia
Deste bestial gentío , torpe , fiero :
Armado del escudo de paciencia ,
Pues naciste cristiano caballero ;
Apártome de tí con tu licencia ,
Que no me dejan verte , ni yo quiero ,
Por no ver espectáculo tan triste.....
¡ No sé , señor , por qué no me creiste ! »

Con esto desviaron al mozo ,
De lágrimas los ojos empapados .
Añasco , despedido de consuelo ,
Los suyos á los cielos levantados ,
Dijo : « Yo te doy gracias , Rey del cielo ,
Que mas merezco yo por mis pecados ;
Y pues por ellos viene tal castigo ,
Otro millon de veces te bendigo. »

« De tu fe santa nada me desvió :
Protesto de morir en su creencia ,
Fuera del alocado desvario
De desesperacion é impenitencia ;
Pues aunque de mi vida desconfio ,
Muy confiado voy de tu clemencia ;
Tu santa voluntad sea mi guía
Para corroborar aquesta mia. »

« En esta confesion firme y entero ,
Aprieten los carnicíficos las llaves ,
Porque si tú por mí , manso Cordero ,
Padeviste tormentos muy mas graves ,
Con la recordacion dellos espero
Que todos estos me serán suaves. »
Quisiera decir mas , y no lo dejan
Las burlas y ludibrios que lo aquejan.

Llamó pues Pigoanza la Gaitana
Para le dar al misero paciente ,
La cual contra la gente castellana
En el recuento se balló presente :
Ella lo recibió de buena gana ,
Y no menos crúel que diligente
Descubrió luego con acerbo hecho
La rabia y el coraje de su pecho.

Pues como de mujer son sus antojos ,
Si tiene mano contra quien la injuria ,
Que da satisfaccion á sus enojos
Dejándolos correr á toda furia ;
Y así primero le saca los ojos ,
Segun a Mario la romana curia ,
Porque lo que durase desta suerte
Viviese con deseo de la muerte.

Después desto la desajajada ,
Crúel de suyo con la pena loca ,
La barba por debajo horadada ,
Grueso cordel en cantidad no poca
Le metió por aquella cuchillada ,
Cuyo cabo sacaron por la boca ,
Y allí le dieron á la soga fudo ,
Con gran aplauso deste vulgo rudo.

Destá manera fué del triunfando ,
Aquel cordel sirviendo de trailla ,
La victoria y trofeo publicando
Por los mercados de ciudad ó villa :
Y de los éstirones que va dando
Desencasada cada cual mejilla ,
Con tal alteracion el bello rostro ,
Que ya no parecía sino mostro.

Reconociendo que de ser humano
Huian los espíritus vitales ,
El pié le cortan , otra vez la mano ,
Otra vez pudibundos genitales ,
Hasta que con paciencia de cristiano
Salió de las angustias de mortales ,
Para volar , segun pios motivos ,
A la quieta tierra de los vivos.

Los atroces tormentos acabados
Segun feroz bestialidad ordena ,
Los caballos y dueños desollados
Y de ceniza la pelleja llena ,
Unos y otros fueron cuarteados
Para guisarse la nefanda cena ,
Y de los cascotes ya limpios y rasos
Para beber en ellos hacen vasos.

Cuando la borrachera se hacia
Que con cantos y bailes celebraban ,
El primo del Añasco todavia
Se estaba quedo donde lo dejaron ,
Con dos hidalgos en su compañía
Que para lo curar con él quedaron ,
Y para dar en ellos apareja
Sus valedores la proterva vieja.

El hijo de Pigoanza que recela
Destos tres españoles la caída ,
Determinó librallos con cautela
Que de nadie pudiese ser sentida :
La cual fué despachar quien los compela
A poner en efecto la huida ,
Dándoles mucha grita desde fuera
Y alborotándolos desta manera :

« Esperad , esperad , gente cristiana ,
Vereis nuestra macana cuánto pesa .
Pues antes que se llegue la mañana
Habeis de ser manjar de nuestra mesa ;
Aquí llegará presto la Gaitana
Que en vuestro capitán ha hecho presa ;
Los huesos podeis ver de los vencidos ,
No solo descarnados , mas roídos. »

Llegaron los mozueros en un salto
Para cumplir aquellos mandamientos ,
Y luego dieron grita desde el alto
Que estaba cerca de los aposentos :
Causáronles terrible sobresalto
Después de declarados los acentos
Por lengua que tenían que declara
Lo que decian en el algazara.

Parecióles la grita gran soltura
Y no buena señal hacelles cocos ,
Y así tuvieron todos por cordura
No reposar allí siendo tan pocos ,
Y en aquella sazón y coyuntura
Su consideracion no fué de locos :
Vuelta de Timaná se fueron luego
Con harta mas congoja que sosiego.

Destá manera fueron caminando
Hasta verse metidos en el ala
Y amparo cierto del señor Inando ,
Que como buen amigo los regala ;
Del cual indio tuvieron en llegando
Mas certidumbre desta nueva mala :
Era cacique noble , de buen pecho ,
Y que mostró gran pena por lo hecho.

Tuvieron algun tanto de reposo
Por llevar los caballos fatigados ,
Mas luego con el paso presuroso
Por el Inando fueron aviados :
A Timaná hallaron sospechoso ,
Y fuélo mas después de ser llegados ,
Mas su declaracion no tan patente
Que la supiesen dar precisamente.

Y es porque de las cosas que dudamos ,
Cuyas noticias no llegan enteras ,
Aquellas que tememos y odiamos
Siempre se hacen menos crederas :
Razones aparentes les buscamos ,
Y así las daban muchos tan de veras
Que parecía concluyente prueba ,
Mas yo reniego de la mala nueva.

Juan del Rio tenia las opuestas
Opiniones , y por no ser tardío
Al cargo que tomó sobre sus cuestras
Y en ir á ver á Baltasar del Rio ,
Su hermano , hizo luego gentes prestas ;
Pero hasta salir con mas avío
Fueron delante cinco buenos hombres
De caballo , de quien diré sus nombres.

Y son , si la memoria me socorre ,
Los que llevaron esta delantera
Juan Vazquez y Francisco de la Torre ,
Y Pedro de Guzmán , que no debiera ;
Un Juan de Cespedes con ellos corre ,
Y juntamente Diego de Mosquera :
Destos , dejándolos ir su camino ,
Después diremos lo que les avino.

Juan del Rio salió con veinte y siete
Otro día después de su partida ;
Cada cual dellos era buen jinete
Y en este menester gente rompida ,
La cual por otra via se entremete
Que parecía menos impedida ,
Y fué por Aniabongo , cuya tierra
Metió manos y codos en la guerra.

Llegaron cuando ya se les estrecha
El resplandor clarifico de Apolo :
Vieron insignias de la maldad hecha ,
Y de los indios presumieron dolos ,
Porque para tener esta sospecha
El pueblo principal hallaron solo ;
Demás desto tomaron una vieja
Que dijo todos ser en la conseja.

Viendo de guerra toda la frontera
Y teniendo del caso certidumbre ,
Sin dilacion quisieran salir fuera
Si les diera lugar febea lumbre :
Mas con obscuridad no se pudiera
Caminar sin notoria pesadumbre ,
Pero con todo esto los mas votos
Eran de verse diez leguas remotos.

Hablóles desta suerte Juan del Rio :
« Señores, esperemos la mañana,
Quel deseo de todos es el mio ;
Mas dejar esta poca tierra llana
Téngolo por notorio desvario,
Y muy mayor salir con obscurana,
Donde por ser tan áspera la sierra
Podeis morir sin ver quién os da guerra.

« Conviéneos velar y estar á pique
Y que tomemos por alojamiento
La casa y el cercado del cacique,
Porque mejor lugar yo no lo siento,
Pues si de los contrarios hay quien pique,
Es uno mas allí que dellos ciento :
Rondarán á caballo por de fuera
Desde el llano compás á la ladera.

« Si pasase la noche sin estruendo
Y sin acometer bando contrario,
Salirnos hemos en amaneciendo
Con orden y recato necesario. »
Entraron pues adonde voy diciendo ;
Mas tres tuvieron pensamiento vario,
Alejándose fuera del cercado
Con sus caballos y el demás recado.

Dos para cada cuarto son las velas,
Ellos y los caballos bien armados,
Con otras prevenciones y cautelas
Que tienen en la guerra los cursados :
Duermen todos calzadas las espuelas,
Las sillas y los frenos alistados,
Para cualquier rumor hallallo junto
Y ensillar y salir en ese punto.

El cuarto de la prima fué rendido
De la modorra semejantemente,
Sin sentirse bullicio ni ruido
De viva criatura ni aparente,
Aunque cuasi pegado con el nido
Crecidísimo numero de gente ;
Y era cuando velaban la mañana
Diego Quintero y Luís de Lizana.

Y al tiempo quel lucero matutino
Su resplandor venia descubriendo,
Salió la tempestad y torbellino
Con estampida de clamor horrendo :
Los tres hombres mataron de camino,
Estando sus caballos componiendo ;
Mas no les dió lugar el avenida
En multitud y en impetu crecida.

Los indios procuraron el entrada,
Mas con sumo valor fué defendida,
Y de la gente bárbara granada
No poca cantidad quedó tendida,
Unos caidos en el albarrada
Y otros dispuestos á perder la vida ;
Y como viesan el sangriento juego
Determinaron de ponelles fuego.

Venian ciertos indios con candela,
Por ser aquellos los ardidés ciertos
Y aun el riesgo mayor que se recela
Por los que peleaban encubiertos ;
Mas con su sangre por los dos de vela
Ellos y los tizones fueron muertos,
Y á no salir tan bien lo que se hizo,
Perecieran por ser todo pajizo.

Ocupó Juan del Rio los arzones
De un salto por salir á la rencilla,
Y un negro suyo con las turbaciones
(¡ Oh caso singular y maravilla !)
El caballo cinchó por los riñones,
La cincha por debajo de la silla ;
Así que para la batalla dura
Las piernas solas eran ligadura.

Ocon tiene por nombre su caballo,
Del cual dicen algunos tantos bienes
Que con razon podremos igualallo
Al de Adriano dicho Boristenes :
Agora no podia sosegallo
Oyendo los carcajes y almacenes ;
Rompió con él por la mayor pujanza,
Haciendo maravillas con la lanza.

Mas si su dueño con auxilio santo
Traspasa pechos y ensangrienta frentes,
El buen rocín Ocon con otro tanto
Baña las herraduras y los dientes,
No sin admiracion ni sin espanto
Del español y bárbaros presentes,
Pues sin espolear ni meter hierro
Los va remordiscando como perro.

A los mas señalados arremete ;
Con bocados y coces los lastima ;
Admira la ventura del jinete,
Andar sin cinchas y durar encima ;
Vuelve y revuelve, gira y acomete,
Y con sus voces los demás anima,
Porque ya todos van por sus pisadas
Y andaban bien espesas las lanzadas.

La parte de los nuestros se mejora,
Cosa que pareció ser imposible :
Victoriosos van, y en esta hora,
Para ser la victoria mas visible,
Asomó por sus puertas el aurora
Con rostro rubicundo y apacible ;
E ya del todo las tinieblas sueltas,
Vieron los indios las espaldas vueltas.

Prosiguen el sangriento desafio,
Que la vertida sangre no les basta ;
Antes cobrando todos nuevo brio
Mucha mas vierten desta dura casta,
Adonde la pasion del Juan del Rio
La hizo bien crecida con el asta,
Dejando por allí la tierra roja
A causa de la fraternal congoja.

Con estos gloriosos vencimientos,
Dignos así de ser intitulados,
Pues eran indios mas de diez quinientos,
Hombres furiosos y desesperados,
Volvieron á los dichos aposentos
A curar los caballos fatigados,
Para luego volver á su reposo
Por estar el terreno peligroso.

Cada cual su caballo regalaba
Con grano que hallaron en la villa,
Y cuando Juan del Rio se apeaba
En el suelo cayó con él la silla ;
La cincha vieron, y segun estaba,
Túvose por divina maravilla,
E yo que tracto con quien pudo vella
En esta posesion quiero tenella.

Y no son estas de las vanidades
Que en los poemas van entrejeridas,
Porque demás de ser mis propiedades
Huir admiraciones fementidas,
Hay tanto que decir en las verdades
Que no hallan lugar cosas fingidas ;
Y así, nunca jamás fatigué pluma
En cosa que ser cierta no presuma.

Voy al nivel de la verdad atado,
Y della discrepar punto no oso,
Por parecerme tiempo mal gastado
Mezclar lo cierto con lo fabuloso,
Pues á causa de ir entreverado,
Lo verdadero queda sospechoso :
Muchos lo hacen, pero tal idea
Menos tiene de bella que de fea.

Conozco que soy torpe coronista,
Pero de tantas cosas peregrinas
De muchas soy testigo yo de vista,
En guerras extranjeras é intestinas ;
Y las que pongo por ajena lista,
Yo sé que son personas fidedinas
Aquellas que me dictan lo que escribo,
Y algunas dellas viven donde vivo.

Para que vean lo que vo escribiendo
Les damos el cuaderno descubierta,
Y lo primero que les encomiendo
Es advertirme siempre de lo cierto,
Porque pongamos antes el remiendo
Quel ocular testigo caiga muerto ;
Y acontece sobre un mismo sujeto
Tener diez relaciones de respecto.

Así quel curioso que procura
Historias verdaderas, esta lea,
Porque le sé decir que mi lectura
No dirá cosa que verdad no sea :
Matices faltarán en la pintura
Y los colores de la docta dea ;
Mas la sinceridad que represento
Le servirá de lustre y ornamento.

Volvamos á los válidos guerreros,
Por quien con gran recato se camina
A Timaná, donde con piés lijeros
Llegaron á la hora vespertina :
Allí hallaron al Luís Mideros,
Al Francisco Cornejo y al Medina,
Que son los tres que del recuento agro
Del Añasco salieron por milagro.

Y en el aspecto dellos bien se via
El continuo trabajo y el tormento,
Pues habia pasado quinto dia
Sin dar á los estómagos sustento,
Caminando de noche, porque el dia
En el monte cumplió hacer asiento,
Los piés descalzos, desnudos los brazos,
Y los vestidos hechos mil pedazos.

También llegaron en aquel instante,
O poco antes del Luís Mideros,
De los cinco que fueron adelante
Del Juan del Rio, cuatro caballeros,
Con paso presuroso de portante,
Desnudos, en la mano los aceros,
Porque al uno mató la gente fiera,
Y el caso medió desta manera :

Con prisa que se dieron aquel dia
Llegaron á las casas del Inando,
El cual los recibió como solia,
Personas y caballos regalando ;
También les dijo cómo convenia
No proceder en lo que van buscando,
Porque tenia por avisos ciertos
El Añasco y los suyos estar muertos.

No dejó de temer el mas robusto,
Y sobre dar la vuelta se porfia ;
Al Pedro de Guzmán no le dió gusto
Usar de semejante cobardía,
Demás desto decía no ser justo
Volverse por lo que un indio decía :
Los otros, de no menos presunciones,
Condescendieron con sus opiniones.

Pero no me parece de prudentes,
Cuándo necesidad no los convida,
Con fanfarronerías de valientes
Ir á notorios riesgos de la vida :
Eran las tristes nuevas evidentes,
Y el indio no habló cosa fingida,
Antes pura verdad, y no embargante
Su buen consejo, fueron adelante.

No fué su caminar á pasos lentos,
Antes apresurando la corrida
Llegaron á los mismos aposentos
De do los tres hicieron su huida ;
Mas con especular y estar atentos,
No descubrieron ánima nacida
De quien pudiesen colegir respuesta
O de paz ó de guerra manifiesta.

Perplejo cada cual porque no via
Salilles á hablar mozo ni cano,
Bien quisieran (á dar lugar el dia)
No tener el azar tan á la mano ;
Mas ya la luz de Febo se metia
En las profundas ondas de Oceano ;
Venian fatigados demás desto,
Y así fué de velar el presupuesto.

Por cuartos fué la noche repartida,
Y siempre los caballos ensillados,
Sin tener cosa mal apercebida
De las que suelen pródigos soldados,
Y mas en ocasion tan conocida
De tantos enemigos rodeados ;
Veló la prima Diego de Mosquera,
Guzmán á la modorra salió fuera.

A velar el del alba fué llamado
Juan Vazquez, que es el cuarto que les resta ;
Apeóse Guzmán, porque su hado
Tenia ya sobrel la mano presta ;
Junto de su caballo maneado
Sobre los cuerpos de armas se recuesta,
No por gozar del ocio soñoliento,
Sino por descargar á su jumento.

Pues aunque fuera ronda centinela
Que vueltas da por los cercanos senos,
A todos ellos fué comun la vela,
De gustos soporíferos ajenos,
Fijada la hebilla del espuela,
Los caballos con sillas y con frenos,
Porque sintiendo mano que lastima
Puedan con brevedad subir encima.

La roja aurora sus purpúreas puertas
Abria ya sobre dorado quicio,
A los mortales dando nuevas ciertas
De la venida del ardor propicio,
Cuando de las escuadras encubiertas
Oyó Juan Vazquez tácito bullicio :
Batió las piernas á manifestallo,
Y al punto suben todos á caballo.

El Pedro de Guzmán subió de un salto,
Como quien con soltura se menea,
No se acordando con el sobresalto
De quitar al caballo la maneá ;
Metióle hierro, mas hallólo falto
De aquella lijereza que desea ;
Quiso bajar, y vióse rodeado
De bárbaros por uno y otro lado.

Porque reconociendo ser sentida
Aquella turbamulta de bestiales,
No llama de los vientos impelida
Vuela tanto por secos pajonales,
Cuanto fué la feroz arremetida
De mas de cuatro mil lobos cervales,
Cuyas bocinas y alaridos crecen,
De suerte que los campos ensordecen.

Como no pudo con los embarazos
Seguir Guzmán sus cuatro compañeros,
Descargó la violencia de los brazos
Con golpes tan pesados y tan fieros,
Que al caballo y á él hacen pedazos
Aquellos infernales carniceros,
Mas hambrientos, voraces y protervos,
Que sobre muertos multitud de cuervos.

Mirad la presuncion del ser humano
En qué viene a parar cuando mas osa,
Y cómo muchas veces de su mano
Se buscan hombres muerte trabajos,
Cómo también Juan de Guzmán, su hermano,
Aquel que combatió con Espinosa,
Fuertes, honrados, nobles caballeros,
Y ambos tuvieron malos paraderos.

Los cuatro que salieron adelante,
No viéndolo, pararon breves puntos,
Por la desgracia ser en un instante
Y el trueno con el rayo llegar juntos ;
Mas en oyendo la tumultuante
Turba, contáronlo con los difuntos,
Reconociendo que tenían caza,
Pues tantos reparaban en la plaza.

Allí se señalaba la Gaitana,
Que va tras ellos ya con gran bullicio ;
Pero como tenían tierra llana
Cumplian con el militar oficio,
Y por usar de condicion humana
Llevaban por delante su servicio,
Porque todos corrian detrimento
Y fueran de los indios alimento.

Acometiendo pues y alanceando
A los que se mostraban con esceso,
Se fueron retrayendo y alejando
Deste bestial y duro sobrehuoso :
Llegaron al cercado del Inando,
Quel pésame les dió del mal suceso,
Manifestádoles estar corrido
Por avisallos y no ser creído.

Ellos le dieron su descargo cierto,
Y bien pudieran dallo sin malicia,
Porque se descargaron con el muerto
Que de llegar allí tuvo cudicia;
El buen indio no con intento tuerto
Los sirve, los regala y acaricia,
Y dellos cada cual allí mitiga
El cansancio, la hambre y la fatiga.

Y fuera cierto general ruina,
Si en este tiempo de furor insano
No proveyera la bondad divina
De la fidelidad deste pagano,
Sin dar vaivén su condicion benina,
Ni contraer jamás la pia mano,
Aunque pudo tener vez oportuna
Para seguir mudanzas de fortuna.

Después que con las obras los consuela
Y palabras de vivo cumplimiento,
Fueron a Timaná, que se recela
De mas encanecido rompimiento;
Y así tenían vigilante vela
Noches y días sin faltar momento,
Por ser notoria ya la desvergüenza
Y el daño mucho con que se comienza.

Habia ido Florencio Serrano,
Primero quel Añasco pereciere,
Con dineros al pueblo Popayano
Para que de ganados proveyese
Este terreno que tenían llano,
Sin que contrariedad se presumiese:
Seis mil pesos llevó para gastalos
En puercos, pacos, yeguas y caballos.

Que ya por ser ganancias importantes,
En pueblos ricos y recién fundados
Desde Pirú bajaban contractantes
Con estas diferencias de ganados,
Y de negociaciones semejantes
Todos volvían bien aprovechados:
Hizo pues el Florencio buen empleo
De las cosas que tienen en deseo.

El cual, desde compró lo que quería
Para los militares menesteres,
Volver a Timaná (por otra vía
De la que trajo) son sus pareceres,
Por ser mas llana; y en su compañía
También venían ciertos mercaderes,
Con intencion de dar con su manada
En este nuevo reino de Granada.

Porque como supiesen haber puerta,
Aunque con muchas leguas de distancia,
En tierra nuevamente descubierta
Necesitada de tal substancia,
Siendo primeros, era cosa cierta
Sacar del reino próspera ganancia,
Y ciertamente caudalosa fuera
Si como se pensó les sucediera.

Mas entonces no fueron opiniones
Ciertas al armentario contractante,
Porque tenía varios trompezones
Peligrosos opuestos por delante;
Pero los cudiciosos corazones
Cosa no tienen por exorbitante,
Y las dificultades mas insanas
Se les antojan fáciles y llanas.

Van pues a Timaná veinte personas
Guiadas todas por adverso hado,
Unas para quedar, las otras pronas
Al viaje que tengo recitado:
Llevaban muchos indios yanacanas
Por guardas y pastores del ganado;
Al fin hicieron una noche cama
En la quebrada que llaman Pirama.

Los caballos descargan y las yeguas
Para dormir al pié de aquel recuesto,
Sería la distancia de dos leguas
De donde fué el Añasco descompuesto;
Mas el quebrantamiento de las treguas
A ellos no les era manifesto,
Porque pensaban estos caminantes
Estar de paz la tierra como antes.

Y así los indios del compás froutero
Les salieron de paz, aunque fingida,
El uno (cosa nueva) con sombrero,
Presea del Añasco conocida.
El capitán Serrano, que primero
Tuvo la vista mas apercebida,
Dijo: «No tengo yo por señal buena
Cubriros con sombrero la melena.»

Por el mismo Serrano preguntado
Quién le hizo merced de la montería,
El indio respondió disimulado
Quel capitán Añasco se la diera.
«Antes te diera su rucio rodado,
Replica, y esto yo te lo creyera,
Porque su vista, de salud ajena,
Con este recibía menos pena.»

Los indios se partieron en efeto;
Mas el Serrano, como bien curtido,
Dijo: «Señores míos, el discreto
Procure de velar apercebido,
Porque según lo visto yo os prometo
Que se nos apareja mal ruido,
Y si ya por ventura no me engaño,
En la tierra tenemos mucho daño.»

Respondió Pedro Lopez del Infierno
(Que tal nombre le dan por apellido,
Porque traspuesto por su mal gobierno
Allá dijo que habia descendido):
«Un paco de los míos, el mas tierno,
Asegurar podrá nuestro partido:
Velen esas ovejas por su dueño,
Que no me quitará temor el sueño.»

El Florencio Serrano le responde:
«Andaos á decir gracias de continuo,
Que si la luz del sol se nos absconde,
Podría ser con vuestro desatino
Que muy presto bajádes adonde
Sabeis, pues anduvistes el camino,
Y quel burlar en vida desafortuna
Os saliese de veras en la muerte.»

El dicho Pedro Lopez todavía
Su caballo mandó poner á gesto,
Y un sobrino de Ampudia, que regia,
A los demás mandó que hagan esto:
Mas no tan juntos como convenia,
Pues se acomodan en diverso puesto,
Y no porque el lugar era muy ancho,
Mas cada cual miraba por su rancho.

Porque quien menos tiene pone tienda
De varia mercancia proveída,
Que se llevaba para su vivienda,
Y no querían vella divertida;
Pero ¿de qué me sirve la hacienda
Si por la reguardar pierdo la vida?
Por cuerdo tengo quien largó la capa,
Si con dejalla de la muerte escapa.

En este tiempo ya se recogía
A los antipodas febea lumbre,
Llevándose tras sí la luz del día
Segun y como tiene de costumbre,
Dejándonos acá la noche fria,
Sombra de la terrestre pesadumbre,
Terrible, pero no de tal manera
Que no sea peor lo que se espera.

El Florencio Serrano, que no duda
Haberseles de dar el alborada,
Estuvo con el espada desnuda
Y la rodela presta y embrazada:
Unas veces se sienta, otras se muda,
En la cabeza siempre la celada,
Teniendo la quietud por enemiga,
Y el miedo tolerando la fatiga.

El violento curso presuroso
Causado por el móvile primero,
Había vuelto ya del mar undoso
La luz resplandeciente del lucero;
El tiempo se llegaba fortunoso,
Y los rigores de asalto fiero,
Hora que toman bárbaras espías
Para venir á dar los malos días.

Habló Serrano con los compañeros
Que por allí dormían mas cercanos,
«¡Alerta, alerta! buenos caballeros,
Que la hora tenemos entre manos:
Apretemos en ella los aceros,
Prestos los golpes y los piés livianos.»
Y aun no bien concluyó con sus razones,
Cuando salen bramando los yalcones.

Por todas partes son acometidos:
Rodéandolos va red barrendera;
Las voces atormentan los oídos
Y grita de la gente carnícera;
Los pocos peleaban divididos,
Y no tienen recurso de bandera;
Fáltales orden y el valor les sobra,
Con el cual entran en la mortal obra.

El compás de la tierra mas cercana
Con sangre de los bárbaros se riega,
Y allí llegó la mano castellana
A lo que natural fuerza no llega,
Sustentándose hasta la mañana,
Con ser sobre tres mil en la refriega,
Todos determinados y valientes
Y con tantas victorias insolentes.

Hierve la confusion, y en ella caen
Bárbaros, destroncadas las cervices,
Y no pocos heridos se retraen,
Unos sin dientes, otros sin narices;
Prevalecen al fin esos que traen
Fundamento crecido de raíces,
Y así con cargas de furor horrendo
Se van los españoles consumiendo.

El de mayor vigor se siente laso,
Y fueranlo también los doce Pares;
El número de vivos es escaso,
Inmensas las angustias y pesares;
Los caballos no pueden ya dar paso,
Rotos y traspasados sus ijares,
Caen rendidos á la fatal suerte,
Y con ellos los amos á la muerte.

Porque las mazas de mortales pesos,
O las macanas con que los herian,
Rociaban la tierra con los sesos
De los desventurados que caian;
Mas á vida ningunos fueron presos,
Antes de tal manera combatian,
Que ninguno cesaba del combate
Hasta llegar al último remate.

Y así las resistencias y porfia
Duraron con aquel valor esquivo
Hasta que fueron ya las diez del día:
De todos ellos uno solo vivo,
Que milagrosamente se valia,
Y aun hoy me da razon de lo que escribo,
Y es Florencio Serrano, de quien siento
Que cuenta la verdad en lo que cuento.

A todos consta bien ser su costumbre
Sin interposicion de vil artista,
Y él y Orozco, que me dan la lumbre,
De la dificultad desta conquista
No hablan cosa con incertidumbre,
Antes lo que deponen es de vista,
Y un Arias Maldonado, cuya fama
Otra mas diligente pluma llama.

Con los tres tracto, hablo, comunico,
Y con su relacion me favorecen,
Aunque de lo que dicen y publico
Con-humildad sus hechos obscurecen:
Quisiera yo tener talento rico
Para les dar aquello que merecen,
Pero como la parca se detenga
A tiempo lo diremos que convenga.

Volvámonos al Florencio Serrano,
Que solo, como válido y esperto,
Allí pelea con sangrienta mano,
En el cansancio de sudor cubierto;
Pero su buen caballo rabicano
Ya desangrado se le cayó muerto;
La lanza deja, bien ensangrentada,
Y aprovechóse luego del espada.

Estando desta suerte combatiendo,
Demandando favor al alto cielo,
Un caballo llegó con gran estruendo,
Cuyo señor quedaba por el suelo:
Asióle de las riendas, y subiendo
Con tan buen salto que pareció vuelo,
Batió las piernas para la huida,
Y á poco trecho le faltó la vida.

Salió de encima luego, visto esto,
Antes que llegue la caribe saña,
A fin de se subir por el recuesto
Que muy espesa tiene la montaña;
Siguen los indios el alcance presto,
Tanto que no le vale buena maña;
El lamentaba ya su fin amargo,
Y ellos riendo pásanse de largo.

Viendo buena sazón y coyuntura
Y que el bravo furor le daba lado,
La gran fragosidad y la espesura
Del monte tuvo por lugar sagrado:
Entró por ella como lo procura
El ciervo de los perros acosado,
Do le pasaron otras muchas cosas
Que ciertamente fueron milagrosas.

¡Oh! cuántas veces rodeó la frente
Con antojos confusos y perplejos,
Y pudo mitigar la sed ardiente
Con los licores que le son anejos!
Mas pasa por la frígida corriente
Con el deseo de se ver mas lejos,
Hasta que la tiniebla sobrevino,
Y aun procuró de caminar á tino.

Yendo por los parajes que sabia
Ser para su derrota bien guiados,
Después que ya llegó la luz del día,
Dejando los caminos desusados,
Topó con española compañía
Que traían ansimismo ganados,
Y dándoles razon de la revuelta,
Con él á Popayán dieron la vuelta.

Por el semblante pálido que lleva
Se pudo conocer el detrimento:
Ningun vecino hay que no se mueva
A compasion, dolor y descontento;
Pero sabida dél la mala nueva,
Se hizo mas acerbo sentimiento,
Por ser los muertos hombres principales,
Y lo que se perdió gruesos caudales.

Unos lloran la muerte del pariente,
Otros la del amigo y del vecino,
Y el Juan de Ampudia, que es allí teniente
También lamenta la de su sobrino;
El cual en breve tiempo llegó gente
Y á la provincia de Pirama vino
Con cincuenta peones afamados
Y veinte de caballo bien armados.

Quando Febo por natural carrera
Tenia de los sinos el primero,
Y con la propia vuelta de su esfera
Visitaba los cuernos del carnero,
Año de treinta y nueve de la era
Con mas los quince cientos que refiero,
El Ampudia llegó con los que cuento
Al impío lugar del rompimiento.

El bárbaro que, pronto y avisado,
Vivia, por estar mas á provecho,
En las laderas de un cerro pelado,
Por donde su camino va derecho
En angosto lugar y acomodado,
A mano tienen un gran bosque hecho,
Dentro del cual oculta y emboscada
Copia de gente bien aderezada.

Allí Serrano va, pero repara,
Considerando ser nueva cultura:
Algunos indios fuera hacen cara,
Amenazando con desenvoltura;
Tras ellos van, y huyen como jara
Para metellos en el angostura;
Mas antes de llegar al arboleada,
El que mas cuerdo es atrás se queda.

Uno que procedió menos cobarde,
Sin tener atención á lo que empieza,
Esperimenta del oculto alarde
Lo que suele hacer la dura pieza;
Revuelve luego sin que mas aguarde,
Manando roja sangre la cabeza,
El qual fué tan veloz en la huida
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos
Aquellos que quedaban detenidos,
Desordenados revolviéron todos
Los unos de los otros impelidos,
Dándose con las manos y los codos;
Unos trompiezan y otros hay caídos,
Y así los indios de los mas cercanos
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos
Con toda la posible lijereza,
Aunque para correr con los caballos
Les da poco lugar el aspereza;
Los bárbaros por bien han de dejallos
Por ir á mas segura fortaleza,
O por se contentar con aquel muerto
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser brevecilla la tardanza
En aqueste latibulo primero,
A uno de caballo se abalanza
Un esforzado bárbaro lijero,
Y de las manos le quitó la lanza,
No sin gran confusion del caballero.
Por ser aquellos pasos de tal arte
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada
Y asentaron real en tierra llana
Con buenas velas, y á la madrugada
Los veinte de la gente mas lozana
Se fueron á poner en emboscada,
Donde tomaron, clara la mañana,
Seis gandules que van por el sendero
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron maniatados,
Adonde procedieron por justicia,
Y fueron en efecto castigados
Por sus atrevimientos y malicia,
Siendo de muchas cosas preguntados,
Entre las cuales les dieron noticia
Estar muchos caciques en su junta
Una legua de allí tras cierta punta.

Hízoles el temor que se prevengan
Para contravenir con antuviada,
Y por no les cumplir que se detengan
En dar la traza mas proporcionada,
Determinaron ir antes que vengán
A dar adonde están el alborada,
Pues tendria la bárbara pujanza
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenia,
Con Juan de Ampudia, principal regente;
Fué con cuarenta Francisco Garcia
De Tovar, en las armas escelente,
Y demás de su grande valentia
Circunspecto varon, sagaz, prudente;
Y el sol entrado ya por el ocaso
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre
De aquellas serranias y fronteras,
Usando como tienen de costumbre
La destemplanza de sus borracheras,
Siempre que dan guerrera pesadumbre
A gentes naturales ó extranjeras:
Con la tiniebla pues á la malina
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellos
Delante dellos dos sueltos peones,
Oidos prontos, tácticos resuellos,
Con gran tiento mudando los talones,
Hasta poner la vista ya sobrellos,
Tanto, que percibian sus canciones
Donde bebiendo cuentan sus proezas
Y de los españoles las flaquezas.

Bien explorados del cercano viso,
Bajos los cuerpos como convenia,
Atrás volvieron para dar aviso
Al Tovar y á la gente que venia;
Mas en aquel instante dar no quiso
En ellos, antes algo se desvia;
Hasta que el soporífero befeño
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,
Lanzas prestas, desnudas las espadas,
Vestidos escolpies, las rodela
Embrazadas y puestas las celadas,
Hasta tanto que vieron las candelas
Faltas de resplandor y amortiguadas:
Indicios manifiestos que señalan
Cómo profundos sueños los regalán.

Luego para llegar los espolea
Acomodado tiempo y oportuno,
No con tal movimiento que se crea
Hollar aquel lugar varon alguno,
Pero tan sin rumor cual se menea
Con calma muerta golfo de Neptuno,
Hasta que vieron bultos de fieles
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocan al arma para lo que resta,
Que es venir á las manos sin tardanza;
Mas su preparacion no fué tan presta
Cuanto la punta de cristiana lanza,
Que con sangrientas obras manifiesta
El deseo que trae de venganza,
Diciendo ¡Santiago! Santiago!
Dando principios al cruel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenan,
Y á los que quieren impedir el daño
Los que huyendo van los desordenan
Y caen en las redes del engaño:
Crece la confusion, los gritos suenan,
Revueltos como suelen en rebaño
Las ovejas de lobos salteadas,
Que ya van juntas, ya descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia
Cuando con dura lanza los aqueja
El valeroso Francisco Garcia
De Tovar, que la tierra dura deja
Blanda, pues de la sangre que vertia
Corre la superficie conveja,
Sin dar lugar á paez ni yalcones
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos
Ansi jinetes como los infantes,
Con manos prestas y los piés no tardos
Al dar de las heridas penetrantes:
Ya huellan por paveses y por dardos,
Por cabezas y miembros palpitantes,
Acudiendo con suma diligencia
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acaudilla
Un cacique salió llamado Meco,
Y el valiente Tovar en la rencilla
El hierro que metió no sacó seco,
Pues la lanza rompió por la tetilla,
Y de allí no paró hasta lo hueco:
Cayó con el dolor de la herida,
Y en el profundo dió mayor caída.

En otros muchos maculó la lanza,
Por cuya causa los de aqueste bando,
Pareciéndoles mal mucha tardanza,
A gran priesa se fueron deslizano;
A questo mismo hizo Pigoanza
Por inculto camino rodeando,
Mas entonces la gente que lo pisa
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Quando de la region de los argivos
El sol trajo su luz á nuestros puertos,
El campo quedó libre de los vivos
Y lleno y ocupado de los muertos:
No siguen á los indios fugitivos
Mas de por los lugares descubiertos,
Donde muchos andaban embebidos
En despojar el oro de caídos.

Como muchos huian con herida
O ya por el ijar, ya por el pecho,
Y antes que diesen la mortal caída
Podian caminar algun buen trecho,
Un español salió de la medida
Al lugar do pensó hallar provecho,
Y en vez de la ganancia que procura
El misero halló la sepultura.

Porque quando las manos embaraza
En quitar á defunto cierta pieza,
Un abscondido vivo hizo chaza,
Pues los nervosos brazos endereza
Y descargando la terrible maza
Le hizo dos pedazos la cabeza:
Fué con aquel azar turbia y aguada
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino
Del buen suceso, sin inconveniente
Otro quel dicho, por el desatino
Y cudicia notable del paciente;
El capitán Ampudia luego vino
Con mas caballos y la demás gente,
Que con las condiciones de la guerra
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta los paez la contienda,
Nacion guerrera y en extremo brava,
Adonde no hicieron la hacienda
Tan á su gusto como se pensaba,
Por hallar quien la tierra les defienda,
Proveida de tiros el aljaba,
Y tal bravosidad y pertinacia
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida
Cuanto deseo de vencer ordena,
Al Juan de Ampudia dan una herida
Que del cuello rompió la blanda vena,
Y á pocas horas exhaló la vida:
De que se recibió crecida pena,
Por ser un valeroso caballero
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor ruina,
Como ya por momentos los asechen
Escuadrones de gente convecina
En pasos puestos que les aprovechen,
Francisco de Tovar se determina
Salir de Paez antes que los echen,
Y así desampararon sus terrenos.
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas
Haciendo por Ampudia sentimiento,
Y á guerras mas crüeles y sangrientas,
Vuelva mi peregrino pensamiento;
Pues los que en Timaná tienen sus rentas
Piden la reflexion de mi talento,
Para que con prolijo canto diga
La gran prolijidad de su fatiga.

CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.

Ningun animal hay de su cosecha
Tan crüel, tan protervo ni tan fiero,
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha
(Para vengarse) de furor severo;
Y aun con matar no queda satisfecha,
Siendo de las venganzas lo postrero,
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años
Entre mujeres varias insolentes,
No solamente para con estraños
En nacion y linaje diferentes,
Pero también se estienden estos daños
A los padres, hermanos y parientes,
Porque su crüeldad y su demencia
Caminan sin que hagan diferencia.

Esta bestialidad testigo sea,
Sin que de mas hagamos escrutinio,
El torpísimo hecho de Medea,
O de Tulia la hija de Tarquinio,
O Seila que por apetencia fea
Quiso quitar al padre su dominio,
Con otras cuyo pecho furibundo
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana
Aun suelen concebir odios mortales,
¿Qué podremos decir de la Gaitana
Revestida de furias infernales?
Contra la poca gente castellana
Convoca multitud de naturales,
Y para que mayor venganza vea
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia
Tantos absortos en sus dulces sones,
Cuanto á ella, vista su desgracia,
Querellas, lloros y lamentaciones:
No faltaban razones y eficacia
Que mueven los humanos corazones;
Y así tanto valió con estas gentes
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada
Hasta del mas lejano señorío,
Habló con Pigoanza la malvada
Y en la resolucion lo halló frío,
Poniendo por excusa la pasada
Donde Meco murió, que era su tío;
Pero la mala vieja macilenta
Con aquestas razones lo caliente:

«Caro señor, el amistad estrecha
Y nuestro parentesco me provoca
A decir lo que á todos aprovecha
Y para bien comun abrir la boca;
Pues en particular yo satisfecha
Estoy de la venganza que me toca,
Por tu bondad y por tus beneficios,
Sin que lo mereciesen mis servicios.

» Pero de aquellos polvos tales lodos
Han resultado de una y otra banda,
Que ya no va por mi sino, por todos
El llevar adelante la demanda;
A todos cumple menear los codos
Y á ninguno mostrar la mano blanda,
Siendo de condicion el enemigo
Que nunca se descuida del castigo.

» Las afrentas y muertes de varones
Como se vean con mayor pujanza,
No las han de dejar entre renglones
Asegurándose con la venganza;
Y consta que sus odios y pasiones
Tienen de descargar en Pigoanza,
Por regirse por él toda la tierra
Y ser el nervio duro de la guerra.

» Y si por caso, lo que Dios no quiera,
De paz ó guerra caes en sus manos,
Reconocida tienes la manera
Del castigo que dan estos tiranos:
Vivos en ardentísima hoguera
Los sepultan por casos muy livianos;
Pues considera si serán mas justos
Contigo que les das tantos desgustos.

» Estos son los regalos y mercedes
Que hacen á quien es mas obediente;
Y así circuncidar aquestas redes
Será de valeroso y de prudente:
Ninguno mas que tú pues solo puedes
Librarnos de tan mal inconveniente;
Tantea, mira, piensa bien los modos
Porque tu voluntad es la de todos.

» Cuantos quisieres entran en la liga,
Y de su general tienes los votos;
Ninguno dellos hay que no te siga
De los cercanos y de los remotos;
Tardanza solamente los fatiga
Y no desmayan los que fueron rotos,
Por ser aquel un caso repentino,
Sepultados en sueño con el vino.

» De cuyo mal sacamos advertencia
Para siempre vivir apercebidos,
Por ser cosa comun con experiencia
Hacerse descuidados advertidos.
Hay demás desto grande diferencia
De acometer á ser acometidos;
Pues para destruillos y vencellos
Nosotros hemos de ir en busca dellos.

» Tú llevas gran pujanza y eminencia;
Su gran flaqueza ya nos es notoria;
Cosa principal es la diligencia
Y no para tener por accesoria,
Porque si destos crece la potencia,
Habrá dificultad en la victoria;
Mas si tu dilacion no les ayuda
De su destruccion no tengo duda.

» Por tanto, mira bien lo que conviene
Con tiempo, pues lo tienes de presente:
No se diga por tí, quien tiempo tiene
Y otro mejor atiende se arrepiente;
La perplejidad ciega se arrepiente;
Y no vivamos tan infamemente,
Ni rehuses entrarles por su puerta,
Pues te la da fortuna tan abierta.»

Dijo, y el Pigoanza convenido
De las persuaciones desta vieja,
A fin de se quitar de mal ruido
Determinó hacer lo que aconseja:
Convocó los que siguen su partido;
Flechas, lanzas y dardos apareja;
Llegáronse de partes diferentes
Sobre doce mil bárbaros valientes.

No con ropas de grana ni de seda,
Sino las que les dió naturaleza,
Sobrellas oro y el betun de greda
O bija por salud ó gentileza:
Fáltame copia con que decir pueda
Su brio, su postura, su braveza,
Feroz y denodado continente,
Al de su corazon correspondiente.

Llegados todos al alojamiento
Proveidos de jáculos mortales,
El Pigoanza hizo llamamiento
De todos los caciques principales:
Hubo de capitanes nombramiento
Y de los necesarios oficiales,
Y para dar sazón á lo que resta
Con tal exhortacion los amonesta:

« Bien sabeis, sin que yo lo represente,
El fin para que somos congregados,
Que de las causas es la mas urgente
Y la que mas despierta descuidados,
Pues que nos quiere peregrina gente
Quitar la libertad y los estados,
Y consentirselo será de locos,
Siendo nosotros muchos y ellos pocos.

» Y no mejores, si haceis examen
De sus fuerzas, ardid y valentia,
Pues como se confundan y derramen,
Su mas alto valor es cobardia;
Y á parangon en singular certamen
Ninguno dellos prevaleceria
De los que veo con el menos hombre,
Si de menos pudiera tener nombre.

» Piés de caballos son en los que estriban
Para huir en viéndose acosados;
Y sus encuentros, como se reciban
Por hombres con aviso reportados,
Con facilidad grande se derriban
Como si fuesen tímidos venados:
Esperienza tenemos con su daño
Y á su costa patente desengaño.

» Antes teníamos otros conceptos,
Juzgándolos por hombres inmortales,
Mas ya reconocemos ser subyectos
A hambre, sed y los comunes males,
Dó suerte que los blancos y los prietos
Somos en el morir todos iguales,
Mas mucho mas cercanos á la pena
Los que son pocos en region aiena.

» El mayor y menor dellos trabaja,
Cansados andan, flacos y deshechos;
No se nos aventajan una paja
En fortaleza y animosos pechos;
Solamente nos tienen de ventaja
Tajantes y acutisimos pertrechos,
De los cuales algunos ya son míos,
Ganados en sangrientos desafios.

» De los nuestros, aunque de peor traza,
Infinidad verán á la redonda
Con dardo, flecha, pica, lanza, maza,
Volante piedra de estallante honda,
Que cuando fuerte brazo desembraza
Hasta las plantas de sus ramos monda,
Y en las sensibles rompen sus escesos
Dientes y muelas, y quebrantan huesos.

» ;Ea pues, valerosa compañía!
Poned los piés en orden y las manos,
Y caminemos por secreta vía,
No por campos abiertos ni por llanos;
Saldreis mañana, porque es otro día
Hemos de beber sangre de cristianos,
Y de la carne misera vencida
Terneis á vuestro gusto la comida.»

Dijo su parecer el Pigoanza
Y arrimáronse todos á su voto,
Asegurados de la confianza
Que tienen de tan pródigo piloto:
En el beber creció la destemplanza,
El estruendo, murmurio y alboroto,
Segun que suelen en infame boda
Después que ya la gente se embeoda.

Y cada cual de las parcialidades
Se jacta de sus fuerzas y su maña,
Con las inicuas monstruosidades
De que tenia llena su cabaña,
Diciendo que las mismas crueldades
Esperimentarian los de España;
Las pellejas al fin de los mejores
Habian de ser cueros de atambores.

Este concurso, como quier que fuese
A muchos sospechosos ocultado,
No lo fué tanto que no lo supiese
Inando, y aun acaso fué llamado;
Y pudo ser que sus disculpas diese
Y quedase con ellas escusado.
El, en efecto, como buen tercero,
A los cristianos hizo mensajero.

Diciéndoles que miren por sus cuellos
Y estén alerta bien apercebidos,
Porque tal dia llegarán sobrellos
Sobre doce mil indios atrevidos,
Y que con lo que puede socorrellos
Es avisar que vivan advertidos,
Usando de las buenas prevenciones
Que piden semejantes ocasiones.

Item, que por ser tantos en la masa,
El no podia ir personalmente,
Porque también temor le pone tasa
Para neutral mostrarse de presente;
Mas á decilles todo lo que pasa
Inviaba persona suficiente,
Que le pregunten lo que conviniere
Y no duden de cosa que dijere.

El mensajero sigue su viaje,
Y como mozo suelto y advertido
Atravesó por montes y bosqueje
De ningunas espías impedido:
A Timaná llegó con su mensaje,
Que fué por todos bien agradecido,
No sin alteraciones de los pechos,
Dudosos en los fines destos hechos.

El bárbaro le hizo manifiesto
Al Juan del Río cuanto le pregunta,
Por ser el capitán, y demás desto
Aquellas circunstancias que barrunta:
Y así, por les venir el golpe presto,
Luego de los vecinos hizo junta,
Que no pasaban todos de noventa,
Serian de caballo los cincuenta.

Cada cual dellos es hombre bastante
En esfuerzo, valor y en esperiencia,
Pero contra tumulto semejante
Dudosos por la falta de potencia;
Mas como fuese lo mas importante
Allí la brevedad y diligencia,
No pudiendo del mal hacer desvío,
Habló desta manera Juan del Río:

« Señores, dentro estamos en la danza,
Y para la danzar buenos y sanos;
Refugio no lo hay ni confianza,
Sino, después de Dios, de nuestras manos:
De prevalecer tiene nuestra lanza,
Pues somos españoles y cristianos;
Al mal inevitable poner pecho,
Que donde hay fuerza pierdese derecho.

» Gracias al soberano paraíso,
Eterna gloria de los celestiales,
Que por un infiel bárbaro quiso
Mercedes nos hacer tan esenciales,
Porque si nos tomaran sin aviso,
No se nos escusaban grandes males;
Pero con él la cuantidad inmensa
Peor negociará de lo que piensa.

» Manos á la labor, señores míos,
Y en ellas sin fallar las armas prestas,
En el orden y medios no tardios,
Porque las dilaciones son molestas,
Y á quien espera tales desafios
No le conviene reposar las siestas:
Parecer pido para que se vea
Qué modo se terná que mejor sea.»

El buen capitán Arias Maldonado,
En ausonio pais soldado viejo,
Dijo: « Sea por fuerza que por grado
Todos han de seguir vuestro consejo,
So pena que quien fuere descuidado
Ha de dejar por prenda su pellejo:
A vos, señor, mandarnos pertenece,
Y á mí que diga lo que me parece.

» Los indios, como suelen, con obscuro
Han de venir por partes asechadas:
Adivinemos con juicio puro
Cuáles tienen de ser estas entradas;
Ternemos, pues no hay cerca ni muro,
Las bocas de las calles ocupadas,
Formados nuestros breves escuadrones
De buenos caballeros y peones.

» Pues ellos tienen de entablar su juego
Por donde fuéremos acometidos,
Poniéndoles á los buhios fuego,
Y á podello hacer somos perdidos;
Mas puestos donde digo, pueden luego
Ser de su mal intento rebatidos,
Y á hallarnos afuera ó en el medio
Del pueblo, carecemos de remedio.

» A caballo se ronde por defuera
Por hombres que se den tan buena maña
Que en el rondar lo hagan de manera
Que den la vuelta hasta la montaña,
Pues que pueden venir á la lijera
En sintiendo llegar bárbara saña,
Y el arma que se diere y el mensaje
Ha de ser por aquel mismo paraje.

» Este cual ha de ser yo lo barrunto,
Y aun por dos partes tentarán el nido:
Allí estaremos, y en oyendo junto
La voz despertadora del oido,
Acomodarnos hemos tan á punto
Que defendamos bien nuestro partido:
Este es mi parecer, y al mas perfecto
Que podrian dar otros me subyecto.»

Considerada pues esta sentencia
Segun urgente brevedad ordena,
De todos, sin ninguna diferencia,
Fué dada y aprobada por muy buena;
Y así con la posible diligencia
A los cuerpos se dió temprana cena,
Debajo de tener ya por las cuevas
Con gran aviso centinelas puestas.

El globo de la densa pesadumbre
Ya los dorados rayos encubria
De la preclara y rutilante lumbre
Que lleva con la suya la del día,
Cuando los nuestros con incertidumbre
De la turbada hora cuál sería,
Se pusieron sus haces ordenadas
En las partes que fueron señaladas.

Seis rondas de caballo por defuera
Del pueblo, repurgados los oidos,
Los ojos á la selva que frontera
Tienen, con atencion van dirigidos,
Porque los indios cosa cierta era
Venir por espesuras abscondidos;
En lo cual y en lo mas que represento
Nunca se defraudó su pensamiento.

Porque con estos mismos pareceres
Tomaron las montañas por cubijas,
Con mas de diez ó doce mil mujeres,
Y con las madres las adultas hijas,
Cargadas en aquestos menesteres
Unas con armas, otras con vasijas,
Para guisar la caza sin tomalla,
Ni ver el cierto fin de la batalla.

Y con ser este número crecido,
Que siempre caminaba por bosqueje,
Nunca jamás se percibió ruido
En toda la distancia del viaje;
Al fin, con paso lento y encogido,
Todos llegaron juntos al paraje,
Cuando Titán entró por el ocaso,
Y no por eso salen á lo raso.

Antes en la montaña se sepultan
Esperando mas cómodas sazones,
Segun para hacer salto se occultan
Los carniceros tigres y leones:
Los caciques se juntan y consultan
El orden que ternán los escuadrones,
Los cuales determinan y decretan
Que por dos partes entren y acometan.

Esta fué la razon, segun se piensa,
Que por ser pocos los acometidos,
Y de su parte multitud inmensa,
Serian con facilidad vencidos,
Por haber de salir á su defensa
Los nuestros en dos partes divididos,
Y harrerian el impedimento,
Segun á flaca paja recio viento.

Y en esto no hacian falsa cuenta
De no tener la gente peregrina
Fuerza para salir desta tormenta
Si no les acudiera la divina;
Mas todo cuanto multitud intenta,
Esta lo desbarata y arruina,
Sin fallecer en cosa que comience,
Pues con su voluntad todo lo vence.

Antes pues de salir á rasa plaza,
En el monte metidos y reclusos,
Para que los de honda, dardo, maza
No fuesen mal digestos ni confusos,
Se dió tan buena y ordenada traza
Cuanto pudieran dar italos usos,
Repartidos los doce mil que pongo
Entre dos, Pigoanza y Aniobongo.

Tan bien proporcionadas las hileras
Como tudescos de los mas cursados,
Picas ó lanzas son las delanteras,
Luego los macaneros esforzados,
Las crujidoras hondas y lijeras
Con adaptadas piedras á los lados,
Cuyos tiros no salen menos ciertos
Que los de los flecheros mas espertos.

Páreciéndoles pues ser oportuno
Tiempo para salir de la emboscada,
A su lugar acude cada uno
Por tácita señal que les fué dada,
Tan sin rumor como si de ninguno
La tierra por allí fuera hollada;
Y en la reformacion al monte-junto
Las haces se pusieron en su punto.